

**CLARO DEL TIEMPO**

**José Pallarés Moreno**

# **CLARO DEL TIEMPO**

  
**ESDR JULA**  
EDICIONES

{COLECCIÓN **DIÁSTOLE**}

Primera edición, noviembre 2017

© José Pallarés Moreno, 2017

© José Carlos Rosales por el prólogo

© Esdrújula Ediciones, 2017

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada

[www.esdrujula.es](http://www.esdrujula.es)

[info@esdrujula.es](mailto:info@esdrujula.es)

Edición a cargo de

Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz

Ilustraciones de cubierta e interior: Elena Laura

Impresión: Ulzama

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 1452-2017

ISBN: 978-84-17042-46-2

Impreso en España · Printed in Spain

## El pulso callado de la vida

por José Carlos Rosales

En la región francesa del Franco Condado, a poco más de 300 kilómetros de París, en dirección sureste, está la pequeña ciudad de Besançon, conocida entre otras razones por su Museo del Tiempo: curiosa institución cultural que, situada estratégicamente en el ilustre palacio de Granvelle, integra algo más que una extensa colección de relojes, pues en sus salas se reúnen variadas iconografías centradas en la medición del tiempo así como diferentes calendarios, mapas celestes y mapas terráqueos, un péndulo de Foucault y documentaciones diversas sobre la ancestral obsesión humana de averiguar la naturaleza del tiempo, esa especie de escurridiza dimensión que nos permite distinguir el hoy del ayer, el ayer del mañana.

En los últimos años, por motivos que ahora no nos interesan del todo, el poeta José Pallarés (Granada, 1956) ha paseado en más de una ocasión por las salas de este museo de Besançon; y en sus salas ha percibido una vez más que el tiempo vivo nunca estará encerrado, ni en este museo ni en cualquier otro; el tiempo estará siempre en otro sitio,

quizás en el pasado, quizás en el futuro, pues el tiempo presente no dura demasiado, enseguida se va, no tiene antes ni después, es transitorio o instantáneo: «Una cifra inestable / sin antes ni más tarde. // Un presente apresado, / vacío, sin sentido», leemos en el poema «Reloj digital». De ahí que nos encontremos en este libro de *Claro del tiempo* con un poema clave, el titulado «Museo del Tiempo», un poema donde leemos: «Hay un museo que acoge / los inventos del hombre / para medir el tiempo. // Ninguno de ellos sirve / para tomar el pulso / callado de la vida.» Es decir, lo callado permanece; y lo que brilla se va.

Este *pulso callado de la vida* sería una de las constantes más significativas entre aquellas que impregnan las páginas de este nuevo libro de poemas del autor de *Cuadernos de arena* (2008) y *Cuaderno del cerco de Lisboa* (2015). En cierta medida este libro podría haberse titulado *Cuaderno de tiempo* (o *Cuaderno del tiempo*), de alguna manera no es otra cosa que eso, una colección ordenada de poemas que giran de un modo u otro alrededor de una indagación personal sobre el tiempo vivido, el único tiempo real del que disponemos, un tiempo que sólo permanece vivo si desaloja la vieja rutina de la tristeza y es capaz de retener «el dulzor de las flores», es decir, la vivencia fundacional de la belleza o del placer, según se nos muestra, aunque parezca insinuarnos lo contrario, en el poema «Jardines del Partal» («Pero sabes que el verso, que el agua y que las flores / —al igual que la fuente y que las golondrinas— / sólo evocan acaso un pasado perdido»). La palabra acaso supone una duda, la hipótesis de que suceda lo que

no estaba previsto, la probabilidad de que el tiempo pasado siga ahí, como si estuviera flotando en las aguas de un río, el río Doubs, el río que rodea la ciudad antigua de Besançon, el río donde un día José Pallarés atisbó una rama, «esa rama que flota / perdida entre sus aguas / se entrega a la corriente, / puede que con el sueño / de regresar al árbol / de donde fue arrancada». Bajo el título de «El abrazo del agua», este poema nos trae la clásica imagen de un río, cualquier río, ya se sabe, nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar: el río y la metáfora de la vida o del tiempo, siempre las mismas riberas, siempre agua distinta, y las hojas o las ramas que flotan y se pierden en el curso vertiginoso de un caudal que nunca se detiene. En un poema de *Cuaderno del cerco de Lisboa* leíamos: «Vivir es renacer a cada instante / es lo que canta el Tejo cuando muere» (p. 30). Es decir, los ríos cantan nuestro porvenir y nos dejan ver en la superficie de su corriente los irremediables indicios de nuestro modo de ser o de vivir, cómo vamos flotando a merced de una fuerza que, aun siéndonos familiar, siempre nos resultará extraña o desconocida; y así queda recogido en el poema al que nos hemos referido antes, aquel que se titula (no por casualidad) «El abrazo del agua»: «Y esa niña que juega / junto al rumor del río / ignora que algún día / tal vez en otro parque / contemplará otra rama / flotando a la deriva.» Probablemente esta misteriosa niña del poema podría explicarnos la presencia del poeta en la ciudad de Besançon.

Conservar el «dulzor de las flores» y rehuir la engañosa rutina de la tristeza serían los dos ejes existenciales que

articulan el entramado poético y vital de *Claro del tiempo*; y es lógico que sea de este modo, pues no se puede apreciar el placer o la belleza desde el oscuro encierro de la apatía, como bien se nos dice en el sencillo y elegante poema «Como el agua». Veamos sus dos últimas estrofas: «Huye de la rutina / de la tristeza, / que no empañe tu vida / su sombra negra. // La tristeza, el hastío, / que no te alcancen; / corre, que el agua corre, / sigue su cauce.»

Dividido en cuatro secciones, este libro de José Pallarés dedica las dos centrales a la evocación del tiempo vivido, tiempo aún palpitante en los vestigios que la vida ha ido distribuyendo entre dos ciudades, Granada y Besançon, nombrada esta última aquí, por razones obvias, «ciudad del tiempo». En la segunda sección del libro, la dedicada a Granada, nos encontramos con el sabor antiguo de la primavera y el miedo evaporado de la infancia, un patio de juegos y los besos intuidos, las primeras experiencias con la belleza de un lugar o de un instante, una biblioteca o una taberna, el patio de la antigua Facultad de Letras y aquel barrio obrero del Zaidín donde entonces era posible compartir un sueño y encontrar cómplices «que te hicieron mejor de lo que eras.»

La tercera sección, la dedicada a la «ciudad del tiempo», se organiza alrededor de los pasos reales, pero también imaginarios, de una voz que, mientras va caminando, procura atesorar apreciaciones y vivencias hasta dejarnos configurada, en el último poema de la sección («La ausencia de reloj»), la conclusión más válida: «En la ciudad del tiempo los relojes no existen. / No existen los relojes. Ni

falta que nos hacen». Si en la sección vinculada a Granada el tiempo vivido era el de la infancia y la juventud, es decir, el tiempo del aprendizaje y la memoria, en la siguiente el tiempo no tendrá edad ni territorio, será un tiempo moral, el tiempo de la inteligencia o de la sabiduría, el tiempo de una lúcida madurez. Así que no será casual que esos dos espacios fundacionales (Granada y Besançon) estén abrazados y protegidos por una sección de apertura dedicada al agua y por otra de cierre centrada en el viento, un trasunto del tiempo, no en vano solemos decir «el tiempo vuela». Viento y agua, agua y viento, para que entre el rumor del agua (la primera sección del libro se titula así) y el rumor del viento (así se titula la sección última) nos llegue el *pulso callado de la vida*, ese pulso conservado o retenido a pesar de lo que pueda sugerir la ruina aparente del tiempo.

María Zambrano hablaba de los claros del bosque, o del claro del bosque, un lugar vacío rodeado de vegetación, un lugar más o menos inesperado, un espacio de acceso escondido donde el cielo o la luz también serían un claro, y ese claro del bosque supondría «una respuesta a lo que se busca». Desde esta perspectiva podríamos comprender mejor el propósito de este *Claro del tiempo*, un libro que es una indagación, la de constatar que en la maraña del tiempo podrán rastrearse cadenas de instantes que, una vez delimitados, darán sentido a lo que aparentemente carece de él, sólo habría que ordenarlos, formar con ellos un *cuaderno del tiempo*, colección de momentos y vivencias que desvelarían la naturaleza de un itinerario vital; al fin



y al cabo el pulso (*callado de la vida*) se reduce a eso, a la presencia intermitente de la sangre, del deseo. ‘Esta mañana no he tenido ningún *claro*’, decimos para expresar la sensación de que nuestro tiempo ha dejado de ser nuestro, estuvo ocupado, no está libre, alguien o algo se adueñó de él. Yo creo que José Pallarés escribió este libro para evitar que el tiempo se nos vuelva ajeno, para que el tiempo y la vida encuentren el claro que los hará permanecer o liberarse, alzar el vuelo, mirar lejos. Y así parece que se expresa en el último poema, un poema localizado en un espacio muy emblemático de la ciudad que lo vio nacer, el Carmen de los Mártires: «Todo claro y sencillo / de tan alto. // Y allá al fondo la nieve / se recorta en el cielo / de tan alta.» Pienso que en este íntimo y valioso libro de José Pallarés el pulso callado de la vida abandona el silencio y se deja sentir o ver: entremos en sus páginas despacio, sin hacer demasiado ruido. Disfrutemos.

Claro del tiempo

*De toda la memoria, sólo vale  
el don preclaro de evocar los sueños.*

ANTONIO MACHADO

*Me senté  
en un claro del tiempo.*

FEDERICO GARCÍA LORCA

*Ved que todo es infancia.*

CLAUDIO RODRÍGUEZ



## Tesoro escondido

¿Fue uno o fue ninguno?  
Sola llora una rama.

Entre las escaleras  
camina la nostalgia.

Hay besos que se esconden  
en esta encrucijada.

¿Fue uno o fue ninguno?  
El viento susurraba.

Tras las tapias cifradas  
sola murmura el agua.

## [ENTRE] EL RUMOR DEL AGUA

*Não renuncies jamais a ser a água.*

LÊDO IVO

*Y aquella música del agua la oía yo cada vez  
y menos al mismo tiempo; menos porque no  
era eterna, sino íntima mía; el agua era mi  
sangre, mi vida, y yo oía la música de mi vida  
y mi sangre en el agua que corría.*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ



## El latido del agua

Hay pasos que se abren,  
columnas que se encuentran  
y una fuente constante  
que te espera.



## Como el agua

Huye de la rutina  
de la tristeza,  
que no se estanque el agua  
junto a tu puerta.

El hastío de la vida  
que no te alcance,  
como el agua tú elige  
libre tu cauce.

Huye de la rutina  
de la tristeza  
y báñate los ojos  
con lluvia fresca.

Huye de la rutina  
de la tristeza,  
que no empañe tu vida  
su sombra negra.

La tristeza, el hastío,  
que no te alcancen;  
corre, que el agua corre,  
sigue su cauce.

## La mirada del cielo

En el recodo el agua  
se detiene un momento  
para que el cielo pueda  
contemplar tu silencio.

Mas luego continúa,  
saltando entre las piedras,  
y la espuma se lleva  
la mirada del cielo.